

una incalculable cantidad de referencias, varios artículos dedicados a escépticos famosos —*Arcesilas, Carneade, Lacyde, Metrodore, Zenon d'Elée*— en los que Bayle se preocupa por defender la verosimilitud de dicha filosofía y por marcar sus potenciales beneficios. De todas maneras, ninguno de estos pasajes alcanzaría para clasificar a nuestro autor como un miembro conspicuo de la «secta» si su lectura no se moviera sobre el trasfondo de otro artículo, el más ilustre sobre el tema y el que ha generado mayor cantidad de estudios específicos en nuestros días: *Pyrrhon*. En él, Bayle define al escepticismo o pirronismo como «el arte de disputar sobre todas las cosas sin tomar jamás otro partido que la suspensión del juicio»² y dedica dos importantes observaciones a analizar el papel de ese arte podría tener en la promoción de la fe. La primera de dichas observaciones, cuya ambigüedad ha dado origen a exégesis diversas³, marcará el momento inicial de nuestro análisis de la crítica bayleana a la teología.

¿Es el escepticismo una rémora apenas sobreviviente de las antiguas ideas paganas o resulta, por el contrario, una posibilidad filosófica sostenible y aún vigorosa? La largamente discutida *remarque B* procurará demostrar que esta segunda posición es la correcta, o, más específicamente, que desde el encuentro de la doctrina cristiana con las exigencias de la *nouvelle philosophie*, los escépticos, lejos de verse debilitados, han descubierto un campo especialmente adecuado para poner en práctica sus corrosivos ejercicios. El imaginario abate católico que estará a cargo de dicha tarea, un personaje que pasará justamente a la historia como el «*abbé pyrrhonien*», argumentará así que en el caso de que Arcesilao —o cualquier escéptico famoso— volviera al mundo, y exigiera aplicar el criterio de la evidencia a algunos de los misterios de la fe, podría demostrar con facilidad que esos misterios obligan a declarar falsos principios por los que sentimos una irresistible compulsión a creer, y que, por tanto, el único criterio que permitiría distinguir los enunciados verdaderos de los enunciados falsos se ha vuelto completamente incierto⁴.

2 *Pyrrhon, in corp.*, *Dictionnaire historique et critique*, tomo III, 5.^a edición, Amsterdam, Leyde, La Haye, Utrecht, P. Brunel et al., 1740, p. 732 (en adelante, nos referiremos a esta edición utilizando las siglas DHC con indicación del tomo en el que se encuentra el pasaje citado; señalaremos la página sólo en los casos de textos prolongados o de difícil localización). Cf. Sexto Empírico, *Bosquejos pirrónicos*, I, 4.

3 Para tener una idea aproximada de esa diversidad pueden compararse, por ejemplo, la interpretación que ofrece Richard Popkin en «The High Road to Pyrrhonism» (*American Philosophical Quarterly*, vol. 2, n. 1, enero 1965, p. 27 y ss.) con la que presenta Harry Bracken en «Bayle's attack on natural theology. The case of Christian Pyrrhonism», en R. Popkin y A. Varderjagt, *Scepticism and Irreligion in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Leiden-New York, Köln-E. J. Brill 1993, pp. 254 y ss.).

4 Definimos la *evidencia* («compulsión irresistible a creer») de acuerdo al significado corriente en el siglo XVII, tal como lo recoge Antoine Furétiere en su *Dictionnaire universel*